

Jean-Paul SALLES, *La Ligue Communiste Révolutionnaire (1968-1981). Instrument du Grand Soir ou lieu d'apprentissage?*, Presses Universitaires de Rennes, 2005, 424 pp.

La Liga Comunista Revolucionaria (LCR) ha sido uno de los agrupamientos más importantes del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional, dirigida desde los años 60 por Ernest Mandel. Compartió escena en Francia con otras dos organizaciones trotskistas que durante muchos años la superaron en número: Lutte Ouvrière (LO) y el partido dirigido por Pierre Lambert, Organisation Communiste Internationaliste (OCI). En el año 2009 se autodisolvió para integrarse en el Nouveau Parti Anticapitaliste. El estudio de Salles comienza en el momento de su creación en 1968, cuando se logra la reunión de varios grupos dispersos tras la crisis del trotskismo de los años 50, y finaliza con la consolidación de un cierto giro político en 1981, cuando la Liga decide apoyar la unidad de comunistas y socialistas, que lleva al poder a François Mitterrand.

Es necesario aclarar, como lo hace el mismo autor, que Jean-Paul Salles fue militante de la Liga entre 1969 y 1979 y el estudio publicado forma parte de una reciente tesis doctoral en historia. Salles participa hoy de la revista *Dissidences*, dedicada a estudiar los movimientos revolucionarios y de extrema izquierda.

No estamos en presencia de un estudio cronológico de la evolución política de la Liga ni un análisis de sus propuestas programáticas o incluso ideológicas, que sólo aparecen tangencialmente en el trabajo. El texto apunta a una caracterización sociológica del agrupamiento y el eje del trabajo se va constituyendo más bien en las modalidades de militancia, lo que Salles denomina una “historia social y cultural de lo político”. Más allá de las especificidades programáticas e ideológicas del grupo estudiado, Salles se interroga sobre qué tipo de partido se conformó, qué tipo de militancia se puso en práctica, cuál fue la composición socio-ocupacional de la LCR.

Las fuentes utilizadas por Salles son, en primer lugar, el periódico de la Liga, *Rouge*, que entre 1976 y 1979 llegó a ser publicado en forma diaria; luego, las diferentes publicaciones “externas”, tanto internacionales como nacionales o locales; en tercer lugar, documentos internos a los que el autor ha podido acceder; por último, entrevistas orales. Es interesante el trabajo con diversos archivos que han recogido material impreso de la Liga, lo cual nos habla de una preocupación creciente en Francia por la conservación de las fuentes referidas a la historia reciente.

En una primera parte, se plantean las *modalidades* de la acción política, y allí se expone la organización por células, los criterios de una

militancia sin diletantismo, la utilización de seudónimos internos, la constitución de grupos de choque, los intentos fracasados de autodefensa obrera. Estos últimos aspectos son vinculados al fuerte guevarismo del grupo original de 1968, que los llevó, por un lado, a apoyar las acciones de lucha armada en América Latina y, por el otro, a realizar acciones de ataque violento a manifestaciones de extrema derecha, acciones que son desestimadas a comienzos de los años 70.

Una segunda parte se interroga sobre los *resultados* de las acciones. En primer lugar electorales, donde la LCR obtiene un muy bajo porcentaje de votos, por detrás de LO y de la OCI. Nacida fundamentalmente en los medios escolarizados (estudiantes y docentes universitarios), la Liga por otra parte encuentra dificultades para insertarse en medios obreros, ámbito donde Lutte Ouvrière lleva una gran ventaja. Los gremios donde la LCR logra establecerse son ferroviarios, automotrices, correos y, en general, gremios estatales, incluida la docencia. Pero la captación de obreros es siempre problemática en un partido donde las exigencias de militancia bolchevique generan tendencias centrifugas importantes.

Otros aspectos destacados son la extensión geográfica en toda Francia; el trabajo con los inmigrantes (lo cual permite abrir secciones hermanas en países africanos); una política pragmática con ciertas asociaciones regionalistas (Bretaña, Provenza, Córcega) que, sin embargo, no da grandes frutos; en fin, un trabajo sobre las fuerzas armadas, abogando por la democratización de la vida del soldado y contra el autoritarismo militar.

Mayor envergadura tiene el trabajo con respecto a la mujer: ante el surgimiento de un feminismo radical en Estados Unidos y Europa a fines de los 70, se pasa de una crítica de este movimiento (entendido como reformista y pequeño burgués) a una aceptación amplia de sus postulados. Se enarbolan consignas como el derecho al aborto, contra la violencia hacia las mujeres, contra la prostitución, se crean grupos de mujeres, se realizan reclamos sindicales específicos y se milita dentro de los grupos feministas. Este cambio (de un bolchevismo clásico a un feminismo militante) tendrá, según Salles, “consecuencias considerables sobre la organización” (p. 266).

Tras la aceptación de la lucha por la emancipación de las mujeres, surge también la lucha por los derechos de los homosexuales (donde también se pasó de una desconsideración del problema a asumirlo como un eje político), la crítica de la familia burguesa, una reconsideración de la infancia, la liberación sexual, la crítica de la situación en las prisiones, en los manicomios, en los hospitales. En todos estos tópicos se observan dos aspectos: por un lado, una mimetización de la Liga con respecto a las ideologías que empiezan a circular en los ámbitos universitarios de los 70 (aspecto no señalado por Salles); por el otro, una mayor preocu-

pación por redefiniciones teóricas generales, pero un descuido alrededor de reivindicaciones específicas de los sectores involucrados, cuestión que Salles puntualiza. Así, por ejemplo, en el ámbito de la salud la Liga trata de profundizar alrededor de una crítica de las instituciones que controlan al paciente, pero olvida las preocupaciones elementales de médicos y enfermeros, cuestión en la que Lutte Ouvrière aventaja largamente a las otras agrupaciones trotskistas.

La tercera parte analiza el “malestar” en la LCR y la crisis de lo que Salles llama “militantismo”. El malestar se evidencia en diferencias sociales observables al interior de la Liga: nacida como grupo de docentes y estudiantes universitarios a fines de los 60, la captación e integración de otros grupos sociales y generacionales se torna problemática. Exigencias monetarias, que pueden ser mejor cumplidas por los miembros de clase media; exigencias de tiempo, adecuadas para jóvenes sin hijos pero difíciles de llevar adelante por alguien con obligaciones familiares; exigencias culturales, que provienen de materiales políticos de difícil comprensión para sectores menos escolarizados: todos estos requerimientos llevan a una crisis, a mediados de los años 70, de un modelo de militancia propio de los estudiantes que tomaron las calles en mayo del 68 (incluso para estos mismos estudiantes, devenidos años más tarde “padres de familia”), pero problemático para otros sectores sociales.

Poco dado en general a sacar conclusiones, la última página recoge los problemas planteados y ofrece una estrategia futura: la Liga, ya en el siglo XXI, llega a ser “una organización escuchada, respetada. Su habilidad para captar el espíritu de la época le permite sobre todo expresar el descontento de una parte de la juventud. Pero si la Liga quiere seguir jugando ese rol, tendrá que proseguir su *aggiornamento*, alejarse todavía más del esquema bolchevique original, a riesgo de perder una parte de su identidad. Ése es sin duda el precio a pagar para inscribirse en forma duradera en el campo político como fuerza de contestación” (p. 353).

Como podemos observar, la descripción de los múltiples aspectos de la “historia social y cultural” de la LCR estaban al servicio de cuestionar la matriz “bolchevique” o el llamado “militantismo” de ese grupo político, haciendo abstracción de su ideología política y de sus propuestas programáticas. Si hay que abandonar el “bolchevismo” (el autor no se plantea la posibilidad de que la Liga no sea cabalmente bolchevique, o de que ese modelo de militancia sea poco coherente con el bolchevismo) no es por haber encontrado una ideología más adecuada para arribar al socialismo, sino porque eso “dificulta” la creación de un partido más grande, aunque no se diga en definitiva para qué se necesitaría ese partido.

La “historia social y cultural” de un movimiento o un partido sólo puede ser analizada en correlación con los objetivos políticos estratégi-

cos de ese agrupamiento, o bien se cae en la abstracción de tomar las formas de militancia como el único contenido observable. Si una forma de militancia no es adecuada para su objetivo político, sólo lo podrá ser para un “crecimiento” indeterminado o para mejorar una performance en el ámbito democrático. En este aspecto, como en muchos otros, vuelve a ser imprescindible la consigna hegeliana: “La verdad es el todo”.

Hernán M. Díaz (UBA)

* * *

José M. Aricó, *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo. Curso de El Colegio de México, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica-Colegio de México, 2012, 410 pp.*

Indébito hasta su publicación reciente, este libro da cuenta de la particular visión de José M. Aricó sobre el marxismo en tanto método de indagación de la realidad y de su ligazón fundamental con el proceso histórico, en particular, con el movimiento obrero. A través de un repaso de los distintos debates que atravesaron al marxismo desde sus orígenes, Aricó desmenuza lo que él denominaba la unidad esencial entre política y economía expresada en la naturaleza de lo social, la anatomía de la sociedad (o fenomenología de la sociedad burguesa) como forma de aprehensión de la totalidad social. Es menester tener en cuenta, asimismo, el contexto histórico en el cual Aricó impartió su curso en el Colegio de México. En efecto, rondaba el año 1977 y el autor se vio forzado al exilio en el país azteca, desde donde continuó su impresionante trabajo de edición y compilación al español de una gran parte de la bibliografía marxiana a la cual tenemos acceso hoy día, en estrecha colaboración con la editorial Siglo XXI.

Así, en cada una de las nueve lecciones, el marxista cordobés tratará de esbozar el contexto histórico general y los problemas teórico-políticos que discutían los socialistas (Lenin, Kautsky, Luxemburgo o Gramsci), señalando no sólo las distintas posiciones políticas sino (y aquí radica, sobre todo, su originalidad y unidad) las distintas contradicciones epistemológicas, es decir, las variadas formas de análisis de la realidad y la concepción particular del marxismo de cada autor. Se parte del racconto de una parte de la carrera intelectual de los fundadores del materialismo histórico, Marx y Engels, sentando así una de las primeras posiciones con respecto al enfoque general del curso: Marx fue, efectivamente, sólo un hombre –pese a lo extraordinario de su figura– y su trabajo global es tan sólo una parte de un proyecto de investigación mayor. En este sentido, la toma de posición de Aricó a favor de la hipótesis de Rosdol-